

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

El Doctor Thebussem, por A. Peña y Goñi.—*Toros en Galicia*, por E. J. B.—*Epigrama*, por Mariano del Todo y Herrero.—*La coida de Frascuelo*, por Don Jerónimo.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Llegó á Madrid hace ocho días, la prensa ha anunciado la venida del famosísimo doctor, y ya su casa es un verdadero jubileo.

Ha abandonado por algunos instantes su célebre Huerta de Cigarra; el cariño de amigos que le quieren entrañablemente, le ha llamado á la corte, y ha escuchado esa voz anhelante que le ha arrancado de sus soledades amadas, y héchole establecer una solución de continuidad en la existencia patriarcal del sibirita.

El Doctor Thebussem! Los lectores de LA LIDIA lo conocen porque han saboreado más de una vez los frutos sabrosísimos de su incomparable ingenio.

Es uno de los nuestros, un amigo, un camarada, y los trabajos suyos con cuya publicación se ha honrado esta humilde revista, han enseñado á los aficionados á admirar al escritor insigne y á querer al hombre bueno.

Ha venido á Madrid, dejando en el oasis de Medina Sidonia al octogenario venerable, luz hermosa de la casa solariega, á quien el amor filial mantiene en plena canícula de la vida.

Pero el anciano no ha quedado solo; el centinela se ha relevado, ha dado el santo y seña al vigilante de guardia, y allá queda *El Amo*, como le llamamos los que le respetamos cariñosamente, bajo la custodia de un hijo amantísimo que le comunica día por día noticias detalladas del prófugo.

Entretanto el Doctor Thebussem corre en Madrid un temporal deshecho. El, acostumbrado á la calma chicha del hogar, se halla dentro del vórtice del ciclón madrileño, traído aquí, llevado allá, llamado de este y del otro lado, solicitado, rifado, mimado, abrumado bajo el exceso de lo que él juzga bondades inmerecidas, y son gratas manifestaciones de cumplida reciprocidad.

Los elogios de los periódicos le conmueven; las muestras de afectuosa solicitud que se le prodigan le confunden, y entre esas corrientes de admiración y respeto que chocan contra sus

costados de gastralógico, parece nave rendida bajo el peso de tanta solicitud.

Amigos de toda la vida, corresponsales desconocidos, personas cuyas manos no habían apretado jamás las suyas, y que vivían, sin embargo, con el Doctor en constante intimidad espiritual, abogados, ingenieros, astrónomos, altas entidades políticas, escritores eminentes, académicos.... El cuarto que ocupa Thebussem en el Hotel de Roma, se halla convertido en un lazareto donde se purga uno de las infecciones de Madrid.

Castro y Serrano le ha dedicado en la *Ilustración Española y Americana*, que ha publicado un magnífico retrato de Thebussem, artículo thebussiano, escrito con pluma que á veces parece madre y otras hija de la del doctor.

El autor de las *Cartas trascendentales* dibuja allí de mano maestra á su íntimo amigo y compañero de fatigas culinarias, y en verdad, que la salsa y el condimento del trabajo de Castro, forman un manjar que no hay cuidado figure en *menús* burgueses, sino en mesas donde el paladar sea fino y el gusto delicado.

Ni han parado aquí los obsequios á Thebussem

Mariano de Cavia le ha saludado con un *Plato del día* servido en las columnas de *El Liberal*, plato exquisito, plato admirable en el cual ha hecho el cocinero alarde delicioso de ingenio y discreción.

Yo guardo para mi uso particular una tajadita que ¿á qué negarlo? me ha sabido á gloria, y ofrezco á los lectores de LA LIDIA un *bis* del saladísimos manjar de *Sobaquillo*, amputándole el trocito que la bondad de mi amigo me ha dedicado.

Ahí va:

«Id á cualquiera de los que hemos convenido en llamar círculos literarios; preguntad por la opinión de que disfruta en ellos el doctor Thebussem, y de noventa bocas, por cada ciento, saldrá esta respuesta:

—Es un chiflado.

Así, perentoria y categóricamente; sin más argumentos ni más apelación.

El arcáico capricho, por ejemplo, de fechar cartas y artículos á 8 de Noviembre de 1887 años le ha valido una suma de enemistades, mayor que las concitadas por Sila con sus proscipciones y el conde de España con sus tropelías.

¿No dá esto risa?

Dá risa efectivamente, aunque mezclada con un poquito de amargura por lo que hay en el fondo de ese desprecio con que muchos incapaces de «chiflarse» afectan mirar la «guilladura» del doctor Thebussem.

Me valdré, en gracia á las aficiones de éste y á mis propios gustos, de una metáfora que explique el caso.

Entréguese al doctor Thebussem una rana, y él la convertirá en un buey, pero no trinchándola hueca y vanamente, según reza la fábula, sino logrando sacar de ella famosas tajadas, ya en forma de sabrosos filetes, ya de succulentas chuletas... ¡Arte peregrino, que parece haber heredado de los magos de los cuentos de las hadas y de los personajes del *Flos Sanctorum!*

Dése, en cambio, un buey á muchos de los que se burlan de Thebussem, y así se haya criado el ejemplar en los mejores pastos del Devonshire ó de Galicia, no acertarán á sacar de él sino un manjar seco como el esparto, desabrido y hasta aborrecible.

¡Inde ira! De ahí que, á par de un grupo de devotos y entusiastas, tenga D. Mariano Parde de Figueroa —que éste es el nombre verdadero del héroe— una turba de adversarios, para quienes los caracoles han de ser siempre antes que la salsa, como si la salsa con que adereza sus platos el doctor no fuera una quinta esencia, un extracto concentrado, un sustancioso jugo de mucha lectura, mucha erudición, mucho gusto artístico y mucha cultura social é intelectual.

Tiene, es cierto, la manía de la fruslería y la nonada, como tema de sus trabajos; pero esto que llamo manía tiene hartas trazas de humorístico capricho ó de modestia entre sincera y socarrona... — De todas suertes, ¿no es meritorio, por lo raro, que se contente con cultivar un apacible y tranquilo *dilettantismo* quien puede gallardearse y lucir en las empresas más solemnes? ¿No es admirable que, á propósito de unos alfajores, ó de un alioli ó de una interjección tan española como gutural, ó de un pormenor cualquiera cervantino, ó de cualquiera frivolidad filatélica ó filológica, se logre ensartar exquisita serie de observaciones ingeniosas, recuerdos amenísimos, averiguaciones de peregrino interés, y curiosas novedades, todo ello en estilo nervioso y elegante, de pura casta y raza?

Váyase la extraña condición de Thebussem por la vulgaridad, vaciedad, sosez y sandias pretensiones que distinguen á no pocos enamorados de lo grave, lo serio, lo importante y lo trascendente...

Ello es, en conclusión, y júzguese como se quiera al morador de la Huerta de Cigarra, que aun los que le dan por chiflado, tienen que reconocerle como uno de los más ilustrados, simpáticos, nobles é ingeniosos habitantes de esta casa de orates que se llama república de las letras.

¡Bien venido!

Después de este *Ave Doctor*, no hay sino saborear una y cien veces la salutación, y mandar al Doctor Thebussem, en nombre del propietario, director y colaboradores de LA LIDIA, un fraternal abrazo.

Lo que nuestro semanario debe á Thebussem es tanto, y lo que nosotros le ofrecemos en cambio, tan poco, que no nos queda otro recurso que terminar con el consabido:

—No agradezca V. el valor, sino la voluntad.

A. PEÑA Y GOÑI.

LA LIDIA



Simmons

H. Forca

Lit. de J. Palacios.

Arenal. 27, Madrid.

EL OSTIÓN PAREANDO.

TOROS EN GALICIA.

Escribir de toros desde Galicia, viene á ser como escribir de cocina desde el desierto de Sahara.

Y no es porque carezca Galicia de *rebundeles* ni se deje de *aparentar* afición á los *bichos*, sino porque este país es refractario á tal diversión, porque el medio ambiente que aquí se respira no es el que hace viable la diversión de cuernos.

Aquí se dan fresas á mantas, deliciosas peras, párias, bruños, melocotones... pero no hay que pedir brevas ni melones, naranjas ni uvas, porque sería como pedir cotufas en el Golfo.

Imagínese á nuestro mejor maestro con una cuadrilla de *búten*, estoqueando toros en Pekín ó en Yoko-hama... Aunque los toros fueran de Mura ó del Duque, y pasaran de ocho hierbas, no darían *juego*; esto es, que no *bregarian* con gusto, ni los *chicos* ni el *maestro*.

El público inteligente anima y entusiasmo de tal modo al artista, que no creo que nadie dirija con los mismos bríos el aria final de *Norma* ante el público inteligente del Teatro Real, que en el Colegio de Sordo-Mudos.

Y cuidado, que en cuanto á belleza plástica del tipo femenino, no tiene Galicia nada que envidiar, ni á Sevilla, ni á Granada ni á los barrios bajos de Madrid.

Hay aquí cada mocetona como un *trinquete*.

¡Qué *amuras*! ¡Qué *popas*! y ¡qué *guindás*!

Pero ¿qué comparación cabe, como ornato de una Plaza de Toros, entre las trenzas sueltas y el dengue que gastan las hembras de aquí, con aquel *roete* y aquellos *nenes* á la flamenca, la peineta y la mantilla blanca con tanto desgaire llevadas que usan las *mocitas* de... or allá? La gente de la tierra de María Santísima, y los descendientes de los *chulos*, *chisperos* y *manolos* de Madrid, tienen *sangre torera*... porque sí.

¿Quién podría presenciar sin *juserse* *peasos* de risa, á *Trini la Chavala* bailando con *er señó Chano* (el *Zurdillo*) una *muñeira*, con acompañamiento de gaita? Sólo el que fuera capaz de aplaudir un *fandango* bailado por *Marasina* y jaleado por un *Farruco*.

Pues venga cualquiera aquí, y vea bailar la *muñeira* en su elemento natural, y le darán ganas de sentar plaza de gallego, y le encantará la música y aplaudirá *sin segunda*, muy de corazón, como aplaude toda persona de buen gusto los *zorcicos* en las Provincias Vascongadas.

Nunca olvidaré que hallándome con el buque de mi mando en el N. de China, en el puerto de Shanghai, el señor Embajador de Rusia, muy aficionado á los españoles, cuya lengua chapurreaba, fiado en la notoria habilidad de su cocinero, que se educó en *La maison d'or*, y que era discípulo del gran Gouffé, quiso obsequiarme con una *GASPACHA* á la *spagnola*.

Recordaba yo haber leído que cierto lord inglés, notable por su exquisita finura y cortesía, fué invitado á la mesa del Príncipe de Gales con objeto de saborear una botella de Tokay, que llevaba un siglo de embotellada.

Llega el momento solemne de paladear el néctar, y mi buen lord apechuga con su copa *hasta verte*, *Cristo mio*. ¿Qué tal?—pregunta el Príncipe.

—*Pretty good*—replica el lord con una cara de condenado... —Lo paladea el de Gales, y ¡horror! era una botella de ¡Castor-vill!... El noble lord, víctima de la cortesía, se había tragado sin rechistar un purgante de palma cristi...

Referí el cuento á mis oficiales, por si *la gaspacha* del ruso nos obligaba á hacer heroicidades de cortesía.

Nuestro moscovita nos presentó un brevaje que nos hizo recordar aquel famoso bálsamo que tan mal sentó al pobre de Sancho, y precisó nos fué comerlo y aun celebrarlo, dando así pruebas de españolismo.

Pues algo así sucede con los toros en esta tierra; se han de celebrar porque son toros.

¿Gustan de toros estos naturales? Yo creo que no.

Descártese la parte *moda*, que hoy ordena con fuerza irresistible que agraden los toros y los *toreos*, el *cante flamenco* y las *cantaoras*, las *manolas* y las *chulas*... Tanto se abusa de esto, que sospecho que antes de mucho, parodiando al poeta francés, haría ya de griegos y de romanos, no faltase quien

à nous delivrera des *chulós* et *chulas*?

Yo creo que la afición á los toros no es general á todos los españoles (aunque merezca serlo.)

Es muy de creer que D. Juan Valera y D. Fran-

cisco Romero Robledo, que de niños vieron en los poblachones de Andalucía correr los *gayombos* ó toros de cuerda, y que si acaso hicieron alguna vez *rabona*, sería para *correr novillos*, sean aficionados á los toros, pero ¿cabe creer que D. Amadeo I de Saboya se despenitara por los *berrendos*?

Eso no quiere decir que D. Jerónimo, nacido á la sombra del glorioso árbol de Guernica, no sea tan inteligente en toros como el que más, ni que á Mazzantini, por ser vascongado, se le despegue la coleta; Zugasti (D. Julián), si hemos de creer su palabra honrada, á pesar de no ser andaluz, hablaba el *caló* de *búten*, y se encandilaba con el baile flamenco, bien así como no faltan españoles que entienden del *Turf* y del *Sport*, como un lord inglés, de pintura y música como un italiano, ó que *cancanean* como un *habitué* de *Valentino* ó de *Mabelle*.

Resumen: que si un maestro que se respeta viene á torear á la Coruña ó á Santiago, porque el dinero gallego tiene el mismo color, olor y sabor que el andaluz ó madrileño; que si los toros lidiados aquí pueden ser tan bravucones y pujantes como los que se lidian en Sevilla; que si puede haber aquí *aficionados* de la talla de un Sánchez de Neira, el público, en su mayor parte no es el apropiado para esas lides.

Hace muy pocos años que se ha despertado en estas hermosas provincias un amor al terruño digno de loor; al frente de ese movimiento galáico, hay excelentes escritores, como son, entre otros, el Intendente de marina en el Ferrol, D. Leandro de Saralegui; la distinguida escritora doña Emilia Pardo de Bazán y otros paisanos de D. Eugenio Montero Ríos; si no logran poner de modo el dialecto gallego, al menos demostrarán que las costumbres, los cantares, los refranes y la manera de ser de este pueblo, son tan dignos de estudio como pueden serlo las costumbres montañesas que nos pinta Pereda, las vascongadas de Trueba ó las andaluzas pintadas de mano maestra por Fernán Caballero, el Solitario, ó D. Juan Valera.

Basta por hoy, creo dejar probado, que en esta hermosa tierra de Galicia, en donde hay tanto y tanto bueno que admirar, desde las caras de sus lindas mujeres, hasta la lozanía de sus verdes y lozanas campiñas, no es tierra apropiada para la lidia de reses bravas... y, sin embargo, estos gallegos se entusiasman tanto con la lectura de LA LIDIA como su constante suscriptor

E. J. B.

Santiago de Compostela, á 10 de Noviembre de 1887.

EPIGRAMA.

Una moza de salero
que en un tendido se hallaba,
así á una amiga le hablaba
de cierto banderillero:

—Es un chico singular,
y en la *brega* fuerte y duro;
cuando él entra es par seguro;
nunca deja medio par.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

LA COGIDA DE FRASCUELO.

La terrible desgracia ocurrida ayer en la Plaza de Toros de Madrid constituye un triste acontecimiento, ante el cual desaparece todo el interés de la corrida organizada por la Sociedad *del Gran Pensamiento*.

Y en verdad que si la cogida de Frascuelo entristece nuestro ánimo, no nos duele hacer caso omiso de un espectáculo que sólo se ha celebrado en circunstancias completamente anormales, y cuya crítica nos llevaría quizá á violencias de que queremos prescindir.

El primer toro corrido en lidia ordinaria pertenecía á la ganadería de D. Antonio Hernández. Llamábase *Peluquero*, y era negro zaino, de libras y cornivuelto. Llegó á la hora de la muerte bravo y noble.

Salvador lo toreó de muleta de un modo admirable, ciñéndose con él y castigándolo á pedir de boca, hasta que se igualó. En este instante, y cuando Frascuelo se disponía á armarse, á dos pasos de la cuna, el animal se tapó. El matador quiso levantarle la cabeza con el trapo, pero no bien engendrado el movimiento de alzar la muleta, arrancó el toro con la velocidad del rayo, y privando al diestro de toda acción para evitar la acometida por medio de un cambio forzado, que era imposible en aquel palmo de terreno, se quedó con él inevitablemente.

El toro metió el cuerno por la parte inferior del vientre de Frascuelo en una extensión tal, que la punta llegó á la octava costilla, fracturándola por completo.

En aquel instante, aquel hombre, á quien la naturaleza ha dotado de una valentía que no tiene ni creemos que

haya tenido nunca rival, aquel hombre, con una costilla fracturada y ocho centímetros de asta dentro del cuerpo, volvió á colocarse delante del toro y se acostó sobre él, clavando una estocada que resultó contraria de puro embriagarse.

Después de aquel esfuerzo sobrehumano, Salvador se contrajo todo á impulsos del tremendo dolor que la fractura de la costilla le hacía sentir, y mientras el toro daba las boqueadas se retiró á la enfermería auxiliado por algunas personas.

Allí acudió sin tardanza el reputado doctor D. Julio Pérez Obón, de quien hemos oído las siguientes palabras:

—Hace muchos años que conozco á Salvador, y son bastantes las curas que le he hecho en la enfermería de la Plaza de Toros de Madrid. Siempre me ha admirado su inquebrantable serenidad y su ánimo esforzado. Cuando entré en la enfermería y le encontré lívido y jadeante, creí que lo había matado el toro. Cuando después examiné la herida y vi que había una costilla fracturada, apenas se me alcanzó que hubiera podido arrancarse á matar con la falta de aliento que debía aquejarle en aquellos instantes.

En cuanto Salvador llegó á la enfermería, hubo alguien que al ver la palidez mortal del herido, le ofreció un vaso de agua con limón.

Eso es para los miedos—dijo Frascuelo;—venga un cigarrillo.

Y con un cigarrillo en la boca, se dejó hacer la primera cura, que verificó el Doctor Pérez Obón, cuya inteligencia y práctica en esta clase de accidentes nos releva de todo elogio.

Dispúsose en seguida una camilla, en la cual fué llevado el herido á su casa.

Sin pérdida de tiempo, la familia, prevenida de la desgracia que había ocurrido, llamó á D. Antonio Alcaide de la Peña, que como es sabido es el facultativo que asiste desde hace muchos años á la familia, y es amigo cariñoso de toda ella.

El doctor Alcaide, que se había levantado ayer, después de haberlo tenido en cama once días una angina cataral, acudió presurosamente al lado del enfermo, y esperó la llegada de su compañero el Sr. Pérez Obón, para proceder al examen de la herida, y acordar las medidas consiguientes.

Mientras llegaba el Sr. Pérez Obón, Salvador, acostado ya, sufría fuertes dolores en la costilla fracturada, lo cual no le impedía relatar la cogida con asombrosa fuerza de ánimo:

—Cuando después de recibir la cornada me arrancó á matar, sentí que me ahogaba, y creí que me quedaría acostado en la cabeza. No hubiera sentido más que dejar vivo á aquel ladrón que me había hecho tanto daño.

Alguien que se condeñó de ver al diestro en aquel estado, recibió la siguiente contestación:

—Los toros dan esto porque no pueden dar otra cosa. Si dieran caramelos daría gusto torear, y para evitarlo no hay más que huir ó cortarse la coleta.

Y con estas y otras razones, mantuvo firme el ánimo de cuantos le rodeaban hasta que llegó el doctor Pérez Obón.

Momentos antes entraron á ver al herido sus banderilleros, entre los cuales iba el Bebe andando á duras penas y con un gran varetazo en el costado derecho, producido por el cuarto toro. La emoción del Bebe fué tan grande al entrar en el cuarto de Salvador, que no pudo reprimir las lágrimas.

Reunidos los Sres. Alcaide y Pérez Obón, procedieron á examinar la herida, confirmando en todas sus partes el diagnóstico hecho en la Plaza por el segundo, y según el cual, Salvador Sánchez había sufrido durante la lidia del primer toro una herida transversal de la piel, en la parte inferior del vientre del lado izquierdo, de ocho centímetros de longitud, y fracturación de la costilla octava.

Los dos médicos verificaron el examen de la herida, y sondearon detenidamente la extensión de la cornada, sufriendo el herido los acerbos dolores que tenía que producir dicho examen con un valor á toda prueba.

Hoy por hoy, hay que atenerse estrictamente al parte facultativo. La herida es grave, pero mucho han de poder el celo y la maestría, por todos reconocida, del doctor Alcaide de la Peña y la naturaleza inverosímil del enfermo.

—Espero que dentro de un mes esté usted tan bueno como yo.

Esto dijo á Salvador uno de sus amigos momentos después de haberse hecho la dolorosa cura al herido.

Y Salvador, respirando trabajosamente y resistiendo los agudísimos dolores que sufría, contestó con aire de profunda convicción.

—Dentro de quince días.

Dios lo haga, que eso es lo que deseamos de todo corazón, y eso es lo menos que merece la valentía sin igual del célebre diestro.

Para evitar la afluencia de gente que invadió desde los primeros momentos la Plaza de Santo Domingo, donde habita Salvador, se colocaron en el portal de la casa algunas parejas de Orden público, que no permitieron que subieran á la habitación más personas que las de la intimidad del herido.

Una de las que acudieron en cuanto terminó la corrida, fué el Sr. Menéndez de la Vega, que ofreció en un todo sus servicios á la familia de Frascuelo.

Se ha puesto lista en el portal, y en ella se inscriben los amigos y admiradores del enfermo.

Estas son las noticias, que sin fantasías ni adornos, nos apresuramos á comunicar á nuestros lectores, y que aparte otro mérito, tienen el de la más rigurosa exactitud.

DON JERÓNIMO.